



ZAK

RAYOS. LA CAGUÉ.

Observo, sin interés, cómo los turcos lanzan un gran ataque contra Inglaterra, provocando que toda la Europa de 1918 quede bajo el control otomano.

Esa chica tiene la culpa; me distrajo. Su nombre es Ana. Siempre está en la biblioteca, pero nunca le había hablado. Sé que es una de esas jóvenes inteligentes y ambiciosas –sus fotos aparecen en todas las páginas del anuario–. Soy un idiota, ¿cómo voy a pensar que a alguien como ella le gustaría pasar el rato con nosotros, un grupo de *geeks*? Supuse que era la oportunidad perfecta para presentarme, pero *nop*. Quizás es demasiado buena para relacionarse con nosotros.

La Primera Guerra Mundial ha acabado. Guardamos los soldados caídos bruscamente dentro de la caja. De mala gana, me despido

de mis amigos, y ellos se marchan. Solo queda James, jugueteando con su gorra de mariscal de campo.

Recojo mi casco y lo guardo. Quizás hay una razón por la que los chicos no usan gorras de guerra cuando intentan hablar con una chica.

–¿Te intimida el tamaño de mi *Pickelhaube*? –murmuro, riendo entre dientes.

–¿Qué dijiste? –pregunta James.

Vuelvo a la realidad, a la triste realidad...

–Eso es lo que le tendría que haber dicho a esa chica, Ana.

Espero una carcajada como respuesta pero, en cambio, James concuerda sabiamente.

–La respuesta perfecta, pero diez minutos tarde. *L'esprit de l'escalier*, como dicen en Francia.

Sonrío ante el comentario de mi amigo, se refiere a eso de pensar una respuesta ingeniosa, pero cuando ya es demasiado tarde para utilizarla.

Como siempre, la ropa de James es un revoltijo, que puede –o no– ser un tributo a alguno de los personajes favoritos de sus cómics. Reconozco las gafas de Cíclope, la camiseta negra de El Castigador –The Punisher– y los pantalones a cuadros de Archie Andrews.

Luego, con expresión de suficiencia, saca de su mochila un folleto de colores brillantes.

WASHINGTON:

del 2 al 4 de marzo, Seattle.

La mejor, más grande y osada Sci-fic,

Fantasy y Comic Book Con

del Noroeste.



En la portada hay un dibujo del prestigioso general y presidente George Washington –de gran importancia en este estado–, que está lookeado con un esmoquin con varios adornos; con una mano sostiene un cañón de cadena y con la otra enciende un cigarro. En el ángulo izquierdo hay una mujer pechugona vestida con una falda con enaguas, que está atacando a un vampiro con una alabarda.

–Steampunk –digo, observando la imagen como un prisionero esperando ser absuelto–. Me gusta.

–Me llegó ayer por correo –me cuenta James–. ¿Ya hiciste tu reserva de hotel?

–Por supuesto. Le dije a mi madre que estaría en el hotel contigo y tus padres –comento, mientras leo la programación.

–Genial. Le dije lo mismo a la mía.

Reímos ambos a la vez. Durante años, habíamos ido a esa convención y jamás nos preocupamos por el alojamiento. Siempre podía contar con que el amigo de un amigo nos dejara pasar la noche en su casa. Y si no, podía quedarme en alguno de los cines más tranquilos de la ciudad y tomar una siesta allí. Además, la cafeína siempre fue una buena amiga.

James le echa un vistazo a su reloj inteligente al estilo Dick Tracy.

–Entonces, ¿participaremos en la pelea *X-fighter Turbo* este año? –pregunta.

–¿Tú quieres? Bueno, pero ¿a qué hora es?

–Creo que a las cuatro de la mañana.

–Perfecto. Odio cuando la programan en algún horario extraño.

–Nos vemos, Duke –se despide James, poniéndose de pie.

–Ok. Eh, esa chica, Ana...

–Olvidalo. Imposible –me dice levantando una mano para que no continúe hablando, y hace un gesto negativo con la cabeza.



Estoy un poco ofendido. Ana tampoco está *tan* buena. Demasiado delgada, chata y con una melena de pelo oscuro encrespado. Aunque tiene algo que me recuerda a Bárbara Gordon.

–¿Qué? ¿Soy demasiado tonto para estar con una chica del equipo de Matemáticas?

–Eres muy holgazán para ella. Créeme, Ana solo sale con los ganadores de la Beca Nacional al Mérito Académico, e incluso no creo que verdaderamente *salga* con ellos. Ten cuidado, Duke.

Ok. Está fuera de mi alcance. Estoy acostumbrado a estas cosas. *Muy* acostumbrado, a decir verdad. Esta es otra de las razones por las cuales estoy esperando ansiosamente que llegue el día de la convención: allí las reglas para salir con una chica son completamente distintas. Guardo mis cosas y me voy, sin pensar en nada más que no sea la Con. *Diez días, solo diez días.*

Todos los años, la sola idea de ir a la WashingCon es emocionante. Pero este... digamos que realmente necesito irme de casa; escapar de Roger y de sus intentos de convertirme en un hijastro que no lo avergüence. La convención implica que durante setenta y dos horas estaré con personas como yo.

Estoy a punto de salir a un triste día de invierno cuando escucho que alguien me llama.

–¡Zak!

Es la voz de un adulto, una mujer –una profesora–, que me llama desde el interior de la escuela. Hago como que no la escuché y sigo caminando. Solo diez pasos más.

–¡Zak Duquette!

Demasiado tarde. Cuando giro, me encuentro con la señora Brinkham, mi profesora de Salud, que se acerca rápidamente hacia mí con torpeza, sosteniendo un manojito de papeles.



–Zak, me alegro de haberte encontrado justo antes de que te marcharas. Necesito hablar contigo.

–Ah, señora B., ya debo irme a casa.

–Solo será un momento.

Hace una pausa y se quita un mechón de cabello que le cubre el ojo, provocando que su pila de papeles esté a punto de caer al suelo. Como de costumbre, ella es el vivo ejemplo de la entropía: tiene una de sus medias corrida, venditas adhesivas en los nudillos, manchas de café en su camisa blanca y le falta un arete. Aunque ya debe de estar bien entrada en los cuarenta, aún conserva ese aire torpe y confuso que la hace parecer mucho más joven. El año pasado, el nuevo guardia de seguridad de la escuela le pidió que le mostrara su permiso para andar por los corredores.

Molesto, la sigo al aula de Salud. Me siento en uno de los pupitres, fingiendo estar interesado en la figura del Humano Visible², mientras la señora Brinkham ordena torpemente sus papeles. No es la primera vez que me pregunto cómo habrá sido físicamente unos veinte años atrás. Seguramente era bonita, aunque el paso del tiempo no la trata nada mal.

–Zakory, sabes que soy tu asesora universitaria, ¿verdad? –me pregunta, mientras acerca una silla y se sienta frente a mí.

¿Tenemos asesores universitarios? Supongo que ya lo sabía, aunque no lo tenía muy presente. Tal como sé que tenemos un bazo, pero no es algo en lo que piense demasiado.

–Sí, mi asesora, por supuesto.

–Lo siento. Aún no he podido hablar contigo. Estoy tan ocupada

2. N. del T.: *The Visible Human Project* es un proyecto que se realiza a partir de fotografías de la sección transversal del cuerpo humano para facilitar una aplicación visual de la anatomía humana.

con la clase y todo eso que a veces se me hace difícil encontrar un momento para estas cosas.

Reprimo una carcajada. La clase de Salud es un verdadero chiste. Es una asignatura obligatoria, pero no es muy complicado estudiar sobre la higiene personal y sobre la importancia de no inyectarse heroína. Pero aun así amo las siestas de cincuenta minutos que tengo gracias a ella.

–Me gustaría que me cuentes cuáles son tus planes una vez que te gradúes –continúa.

–Me han aceptado en el Colegio Universitario de Tacoma –le digo, encogiéndome de hombros.

Me pongo en movimiento para marcharme, pero sé que ella quiere saber más.

–¿Has aplicado a alguna otra universidad?

–Nop. Supongo que con una tecnicatura podré conseguir un trabajo relacionado con las computadoras.

–¿Qué tipo de trabajo? –me presiona.

–Algo relacionado con las computadoras –repito.

Hace un movimiento negativo con la cabeza.

–Zak, eres inteligente y tienes talento. ¿No has considerado...?

–Iré al Colegio Universitario de Tacoma.

¿Por qué todo el mundo lo desestima? Es barato, sencillo y no tendré que mudarme.

–¿Participas en alguna asignatura extracurricular? ¿Deportes o...?

–Aprecio su interés, pero debo irme. Quizás en otra ocasión podamos continuar –la interrumpo. Luego me pongo de pie, feliz de haber puesto fin a esa conversación.

–Siéntate –de pronto, su tono de voz amable ha desaparecido. Vuelvo a tomar asiento, sorprendido.



–¿Hay algo más que quiera decirme?

Me pasa una hoja sin sonreír en absoluto. Lo reconozco, es mi informe semestral sobre disentería o difteria, o alguna enfermedad cuyo nombre comienza con *d*.

–Eh... –mi sentido arácnido se activa.

–Zak, este ensayo está copiado de *Wikipedia* –está enojada, y la señora B. nunca se enfada. Eso está muy mal.

–Sí, utilicé la página como fuente de información –digo inocentemente.

–Copiaste y pegaste todo el informe. Ni siquiera te tomaste el trabajo de borrar los links.

Rayos. Pensé que los había borrado todos. Por suerte, se trata de la señora B. Tiene que haber una solución.

–Lo siento. Estaba muy atareado, pero puedo volver a hacerlo –le propongo con una sonrisa que ella no me devuelve.

–Te copiaste, Zak. No fuiste honesto. Sé que la mayoría de ustedes no se toma esta clase en serio, pero es una asignatura como cualquier otra. Tendré que mostrárselo al director.

–¡Espere...!

¿Cómo es que se puso en plan de profesora mala de un momento a otro? Estoy seguro de que no soy el único estudiante que deliberadamente tomó información prestada de Internet. Es cierto que, quizás, esta vez estuve demasiado perezoso para hacer el trabajo, pero tampoco es que Salud sea una asignatura importante. El informe está completo y eso es mucho más de lo que hicieron mis compañeros.

–Tendrás dos semanas de suspensión y, obviamente, un cero en este trabajo.

–¿No podríamos...? –empiezo. *¿Qué? ¡Piensa, Duquette!*



–Este trabajo representa el 20% de tu nota final y, dado que no has entregado ninguna de las otras tareas, no tienes oportunidad de subir la calificación. Desaprobarás la asignatura.

–¿Desaprobar?

¿Desaprobar realmente? ¿No aprobar una asignatura?

–Y como Salud es una materia obligatoria, no te podrás graduar –agrega, como golpe de gracia–. Tendrás que volverla a cursar durante el verano, y me temo que, sin un diploma, no te podrás inscribir en el Colegio Universitario de Tacoma hasta el otoño.

Me quedo paralizado en medio de la angustia y el miedo. ¿Qué demonios se le metió en la cabeza a esta mujer? Ok, lo admito, esta vez fui demasiado lejos. Pero ¿tanto como para no permitirme graduar? Incluso los más tontos, que optan por Educación Física, tendrán su momento en la entrega de diplomas. ¿Por qué me está dejando fuera?

–¿No hay nada que pueda hacer? –mi voz parece un patético chillido.

–Quizá –sonríe enigmáticamente. Por un segundo espero que me pida que cierre la puerta mientras ella se quita la camisa, pero no tengo tanta suerte–. Sabes que patrocino al equipo de preguntas y respuestas, ¿cierto?

¿Eh?

–Sí. Soy fanático de ellos.

–Participaremos en el campeonato estatal en unas semanas. Creo que hay muchas posibilidades de ganar. Este año tenemos un gran equipo –me cuenta, ignorando mi comentario.

–Ok –asiento. ¿Qué tiene que ver esto conmigo?

–El problema es que hemos perdido a algunos miembros este último tiempo; Kathryn Ciznack se mudó de la ciudad repentinamente y Leroy Cooper ya no puede seguir asistiendo.



–¿Entonces...? –le doy una pitada a un cigarro imaginario.

–Tenemos a los integrantes necesarios para formar un equipo completo, pero nos faltan suplentes –me observa seriamente–. Pensé que tal vez te gustaría sumarte.

Intento que el miedo no me azote, teniendo en cuenta qué es lo que está en juego, y le pregunto qué tendría que hacer.

–Nos vamos a Seattle un viernes por la mañana y no regresamos hasta el sábado por la noche, por lo cual, casi todo tu fin de semana estaría ocupado. Tendrías que participar en alguna de las rondas, para que los otros participantes puedan tomarse un descanso; vestirse apropiadamente y tomarte el concurso con la seriedad necesaria.

Me muerdo el labio y finjo que estoy considerando su propuesta. Dentro de mi cabeza, mi cerebro va a toda marcha: *¿un día sin escuela? ¿Un sábado lejos de Roger?* Esto casi es el trato con el demonio que quería conseguir.

–¿Y tendré todos los créditos por el informe?

–Solo si lo reescribes y me lo entregas para el próximo viernes lo consideraré completo. Aunque lo aprobarás con un 6 que, a decir verdad, es un regalo.

–Me parece bien.

Nos ponemos de pie y me tiende la mano con un papel.

–Esta es la autorización para participar en el campeonato. Necesito que uno de tus padres la firme y me la devuelvas mañana por la mañana.

Cuando la estoy por sujetar, ella la retiene un segundo más y agrega:

–Zak, esta es tu única oportunidad. En cuanto intentes librarte de esto o no des lo mejor de ti en el campeonato, el trato se termina –es la primera vez que veo su rostro tan serio.

Tomo la autorización con cuidado y salgo del aula. ¡Cielos, esto sí que es salir bien parado! Cuando esperaba que me den una patada en el trasero, todo lo que tuve que hacer es aceptar jugar *Jeopardy!* Además, estaré lejos del intruso que vive en mi casa por un fin de semana. Quizás esto haga que Roger deje de insistir con las actividades extracurriculares.

Me detengo en la entrada de la escuela y observo la autorización. ¿Lugar? Seattle, qué gran ciudad. Conozco a algunas personas que viven allí. Si tengo algo de tiempo libre, tal vez pueda juntarme con mis amigos a jugar *Call of Cthulhu*. ¿Fecha? Es exactamente el...

Mi mirada se paraliza. *No*.

No, no, no.

Salgo al diluvio tambaleándome.

2 de marzo.

El mismo fin de semana que la convención. Mi época del año favorita. El evento que estuve esperando durante meses. Mi Navidad.

Y ahora no podré ir.

Caigo sobre mis rodillas, levanto los brazos al cielo y grito, azotado por la impotencia:

—¡Connnnnnnnnn!

